



Capítulo 344 - Ella llegó.

Virgilio se quedó allí, a centímetros de Viviane, todavía ligeramente inclinado, con los ojos fijos en los de ella. Su tono juguetón de momentos anteriores se había evaporado como la niebla disipada en el viento, reemplazada por algo más denso—la gravedad de alguien que sabe que los tiempos de calma siempre llegan a su fin.

Se enderezó, cruzó los brazos a la espalda y dejó que el silencio pesara sobre él durante unos segundos antes de hablar, frío y directo:

"Viviane. ¿Qué me puedes contar sobre la Reina Bruja?

La temperatura en la habitación parecía bajar. Iridia y Zex, que todavía flotaban discretamente en las esquinas, se detuvieron, como si el nombre tuviera el poder de sellar sus pies al suelo.



Viviane, sin embargo, no se movió. Ella tampoco parpadeó. Ella simplemente levantó los ojos lentamente hacia él, como si ya hubiera esperado esa pregunta—o temido cuándo finalmente llegaría.

Sus ojos analizaron cada característica del rostro de Virgilio. La forma de su boca, la forma en que sus ojos no parpadeaban, la rigidez de sus hombros. En menos de un segundo vio suficiente.

Luego, sin florituras, sin adornos, sin la teatralidad habitual:

"¿Esa perra te persigue?"



El silencio que siguió fue tan absoluto que incluso el sonido distante de las hojas golpeando las ventanas pareció detenerse. Iridia se llevó la mano a la boca. Los ojos de Zex se abrieron, como si acabara de oír una blasfemia.

Pero Vergil... Vergil simplemente la miró fijamente. Sin mirar hacia otro lado. Sin fruncir el ceño. Sin confirmar. Pero también... sin negarlo.

Viviane suspiró profundamente y dejó que su cuerpo cayera contra el respaldo de la silla, como si una vieja tensión hubiera vuelto a ocupar su lugar entre sus huesos.

—Mierda... —murmuró Viviane, mirando al techo como si buscara respuestas en las sombras del techo. "Sabía que tarde o temprano volvería a mudarse. ¿Pero detrás de ti? Eso es más que preocupante... es una maldita sentencia de guerra" Sus ojos se volvieron hacia él. "Era Morgana, ¿no?"

Vergil simplemente asintió, su expresión era sombría.

Por lo que dijo, parece que la Reina está interesada en mí... pero tengo la impresión de que su verdadero objetivo es Alicia

Viviane frunció el ceño pensativamente.

—Hm... —Se reclinó en su silla, con los codos apoyados sobre las rodillas y el rostro más serio de lo habitual.

"Es muy posible. De hecho... tiene sentido. Aunque, para ser honesto, ni siquiera estoy seguro de si Alice realmente existe. ¿Una bruja demonio? Parece demasiada leyenda incluso para mí. Ella debe querer venir y descubrir cómo lo hiciste." Ella lo miró a los ojos y su voz transmitía una gravedad silenciosa.





"Pero si eso es cierto... entonces estamos ante algo completamente fuera de escala. La Reina Bruja no se mueve por capricho. Ella sigue adelante con el destino. Y si ella piensa que es necesario... entonces quizá lo más peligroso no sea la propia Reina. Quizás sea más su excentricidad."

Katharina emergió del círculo mágico con una explosión de energía arcana y sus pies descalzos cayeron al suelo con urgencia. Su cabello plateado estaba despeinado y su rostro sudoroso, como si hubiera estado corriendo por un campo de tormentas.

Apenas se molestó en borrar las huellas del ritual que aún brillaban a su alrededor. La presencia mágica que dejó atrás era asfixiante—gruesa, afilada, como si las paredes hubieran sido recubiertas con capas de éter puro.

Sus ojos recorrieron la habitación.

Zex e Iridia se enderezaron como soldados bajo mando, puro instinto. La mirada de Katharina los atravesó como un rayo.

Luego se giró lentamente, con la respiración todavía entrecortada, hacia Viviane y Vergil.

La frase salió como una frase: "Esa puta mágica ha llegado"

Un silencio penetrante llenó la habitación.

Viviane parpadeó. Virgilio levantó lentamente la barbilla y sus ojos se afilaron como cuchillas.





"¿Estás seguro?" Viviane preguntó, con la voz baja, controlada, pero cada palabra parecía cortada con un cuchillo.

"Absolutamente seguro", respondió Katharina, secándose el sudor de la sien con la manga. "Ella invadió el espacio dimensional del Inframundo"

Virgilio dio un paso adelante. Su voz estaba controlada, pero había algo helado detrás de la calma.

"¿Ella vino sola?"

—Por ahora... así parece. Pero si ella puso un pie en ese avión, no fue para hablar" Katharina hizo una pausa, con los ojos entrecerrados, como si filtrara visiones invisibles a su alrededor. "La realidad se está deformando a su alrededor. Pequeñas grietas en el velo. Como si su sola presencia perturbara el tejido del mundo. "Es elegante, sí, por supuesto... de la manera sádica y teatral que sólo una bruja antigua podría hacerlo"



Zex e Iridia se miraron en silencio, con un terror silencioso escrito en sus rostros.

Viviane apretó los dientes. "Ella está presumiendo..."

—Vamos... —terminó Katharina, dirigiéndose ya hacia el círculo mágico que Vergil acababa de dibujar. Evitar que esos dos llegaran primero sería... maravilloso, por decir lo menos

Virgilio permaneció en silencio por un momento. Su mirada fija en el vacío parecía ver más allá del plano físico — como si ya anticipara el punto exacto donde el velo entre los mundos comenzaría a rasgarse.



Con un movimiento preciso, trazó un círculo mágico en el aire. Antiguos símbolos giraban a su alrededor con la fluidez de un reloj celestial y una fisura luminosa se abría con un zumbido bajo.

"Vamos", dijo sin girar la cara. Luego se volvió hacia Viviane y, con un gesto inesperado, le dio una ligera palmada en la espalda.

"¡Ay!" Viviane saltó un poco, con los ojos muy abiertos, sorprendida más por el gesto que por su fuerza.

Virgilio dio una media sonrisa — esa típica, casi imperceptible, que siempre dejaba a los demás preguntándose si hablaba en serio o bromeaba.

"Date prisa... o te ataré otra vez."

Viviane parpadeó lentamente, sonrojándose levemente, pero con un brillo desafiante en los ojos. "Promesas, promesas..." susurró, antes de dar el primer paso hacia el círculo.



Katharina puso los ojos en blanco y resopló suavemente. "Si ustedes dos dejan de coquetear, la Reina seguirá ahí afuera. Y por si lo olvidaste... es una perra con el poder de remodelar la realidad con un chasquido de dedos"

—Entonces será mejor que nos demos prisa... —murmuró Vergil, y con una última mirada firme al pasillo detrás de él, atravesó el portal mágico, seguido por las dos mujeres.

El rayo de luz del círculo mágico desapareció con un fuerte chasquido y el mundo que los rodeaba cambió en un abrir y cerrar de ojos. El aire allí era más denso, cargado de energía arcana— y el silencio que envolvía la Mansión Agares tenía el tipo de quietud que precede a una tormenta.

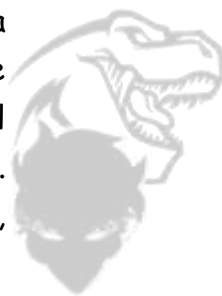
Virgilio fue el primero en abrir los ojos.

Y él se enfrentó al problema.

Justo frente a él, a unos pasos de distancia, estaba Morgana. Brazos cruzados sobre su pecho, ojos ardiendo con una rabia apenas contenida—pero no era ella la que estaba causando el peso real en la habitación.

A la derecha de la bruja, casi como una sombra viviente, se encontraba una mujer que parecía haber salido de un cuento de hadas prohibido.

Ella medía al menos siete pies de alto. Su cabello negro caía en cascada hasta su cintura —largo, liso y oscuro como el abismo, balanceándose ligeramente con una presencia que parecía distorsionar el aire a su alrededor. Su piel estaba pálida como el mármol a la luz de la luna, y sus ojos... oh, sus ojos. Rojo. Profundo. Brillaban como brasas contenidas, transportando siglos de deseo, dolor y poder.



Pero lo que más llamó la atención fue su cuerpo.

Voluptuoso era una palabra amable. Esta mujer era una visión pecaminosa. El tipo de forma que hacía que los sacerdotes se arrodillaran y los asesinos dudaran. Sus curvas perfectamente contorneadas, sus caderas anchas, su cintura estrecha, su busto completo —envuelto en un vestido oscuro que no ocultaba absolutamente nada, sólo la burlaban aún más. Cada paso que daba parecía una invitación a la perdición.

Viviane contuvo la respiración al verla y Katharina dio un paso atrás involuntario.



Morgana arqueó una ceja, claramente irritada.

"Hemos estado esperando", dijo con voz fría y aguda como una daga de hielo.

La mujer a su lado inclinó ligeramente la cabeza y sus labios se curvaron formando una sonrisa lenta, sensual y peligrosa.

—Entonces... —dijo ella, y su voz tenía el sonido del pecado susurrado en terciopelo—. ¿Este es el hombre por el que estás dispuesta a romper las reglas, Morgana?

Vergil mantuvo la mirada fija, pero su mente ya estaba trabajando a toda velocidad.

No necesitaba que nadie dijera su nombre.

Él ya lo sabía.

Sintió la misma sensación que tuvo cuando conoció a Sapphire...

La misma ansiedad y sensación de ver la cúspide del mundo...

'Mierda, ella tiene más de mil veces mi energía.'

